

Bergstein, Mauricio (2025), *¿Un diálogo imposible? Breve historia del conflicto israelí-palestino*, Montevideo: Sudamericana

Como el propio autor advierte en su prefacio, su libro no pretende ser una obra historiográfica, sino un texto de divulgación destinado al “ciudadano común”, al que identifica como a menudo desinformado y deseoso de entender. Se trata de una de las pocas obras que recientemente y desde Uruguay han buscado brindar una síntesis general del conflicto palestino-israelí a un público amplio, y como ese es el propósito también del proyecto en que me encuentro abocado, considero importante analizarlo críticamente.

El libro se divide en tres partes (aunque en el índice sean cuatro). La primera presenta las premisas generales desde las que se abordará el conflicto. La segunda parte (segunda y tercera sección del libro) se dedican a la síntesis histórica del proceso. La última aborda el 7 de octubre de 2023 y sus consecuencias en base a una serie de preguntas. El propósito del autor en esta sección es rebatir las acusaciones de genocidio y colonialismo contra Israel, y reforzar la idea de que estas acusaciones y el rechazo al sionismo esconden antisemitismo.

No me centraré en esta última sección, pues como historiador y en el marco de este proyecto no es mi propósito discutir las opiniones de un ciudadano sobre el 7 de octubre. Sí me voy a detener en las secciones que hacen al repaso histórico del conflicto.

Respecto de las premisas, el autor parte del derecho a la autodeterminación de los pueblos para reconocer legitimidad a las demandas nacionalistas de judíos y palestinos. En este punto, debo distanciarme del autor, ya que propone el derecho a la autodeterminación como una ley universal. El derecho a la autodeterminación de los pueblos, que no es otra cosa que el principio de las nacionalidades, es una construcción contemporánea. Se trata de un principio de legitimidad de los Estados, propuesto como rector del sistema internacional en el siglo XX. Quizá una de sus primeras formulaciones es la de los famosos Catorce Puntos del presidente estadounidense Woodrow Wilson tras la Primera Guerra Mundial. Este principio, pensado para abarcar únicamente a los nacionalismos europeos contenidos en los imperios desintegrados tras la guerra, fue reapropiado y resignificado por movimientos de descolonización que erosionaron el orden imperialista. Este principio de las nacionalidades implica sostener que la humanidad está dividida en pueblos o naciones definidas por rasgos objetivos (étnicos, lingüísticos, culturales), y que es natural y deseable que esas naciones aspiren a la soberanía sobre Estados territoriales (esto es, se conviertan en Estados-nación), pues esta es la única forma de desarrollar sus cualidades intrínsecas. La universalización del principio de

autodeterminación de los pueblos es, por tanto, el corolario del proceso de consolidación de los nacionalismos étnicos durante el siglo XIX. Es una construcción política contemporánea, no una ley universal natural. Los Estados-nación, por tanto, no constituyen la única estructura política posible, como demuestra, por ejemplo, que ante el UNSCOP en 1947 comparecieran representantes del Partido Comunista, integrado por palestinos y judíos, proponiendo un Estado binacional, y que esta idea tuviera una larga vida posterior bajo diferentes formulaciones.

Dicho esto, sí entiendo que las posibilidades realistas para la concreción de una solución política que no implique la creación de dos Estados nacionales, se han agotado tras un siglo de confrontación entre las comunidades. Afirmar esto, no obstante, no implica la naturalización de los Estados nacionales que constituye la premisa de partida del Bergstein.

El autor, luego, sostiene que no puede esgrimirse un derecho natural al territorio, y que la discusión de las ancestrías es vana. Concuerdo con esto, pues me distancio –desde una postura [modernista o constructivista sobre los nacionalismos](#)– de todo abordaje esencialista. No obstante, a pesar de esta afirmación general, a lo largo de su libro no duda en insistir en el apego ancestral de los judíos al territorio, al tiempo que resalta que la identidad palestina se forjó luego de 1948 o incluso 1967 (p. 120). Ambas ideas, entiendo, son erróneas: el pueblo judío en términos de comunidad nacional es una construcción contemporánea, al igual que lo es la construcción de un nacionalismo palestino que, como un nacionalismo extraeuropeo, se conformó de forma compleja en base a “moldes” distintos al de los nacionalismos europeos. Ambos nacionalismos se conformaron de forma compleja y no lineal (como nada en la historia) entre finales del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, y una mutua relación de otredad los ayudó a consolidarse. Por esta razón, la discusión de los derechos ancestrales al territorio es vana.

Aunque el autor reconoce en esta primera parte el derecho de los palestinos a la autodeterminación, se trata de un reconocimiento abstracto, platónico. Contrasta con un desarrollo posterior de la historia del conflicto israelí-palestino, en el que no reconoce, una y otra vez, legitimidad a las aspiraciones políticas de las organizaciones palestinas y a las estrategias que éstas llevaron adelante. Ello equivale a reconocer como legítimas aspiraciones abstractas de un “pueblo palestino”, pero no reconocer la legitimidad de la forma política en que estas se materializaron entre 1920 y el presente, reconocer el espíritu mas no su materialización. Es en esto muy categórico, al afirmar que si bien existen palestinos moderados, desde 1920 en el campo palestino “sólo se ha oído a los extremistas”, regidos por una lógica de “todo o nada”. De nuevo, a un palestino abstracto, una especie de “buen salvaje”, se le reconocen legítimos derechos, pero sus

expresiones políticas concretas de todo un siglo son reducidas al “extremismo”, el “fanatismo” o el “rechazo pavloviano” (p. 203) de líderes que no estuvieron a la altura del desafío histórico de la paz (ver, por ejemplo, contraste con Ben Gurión, p. 202), e incluso a una predisposición racista que asocia indisolublemente la causa palestina con la dignidad árabe (p. 271). De esta manera, dichas expresiones concretas son sistemáticamente deslegitimadas en la narrativa.

La reconstrucción histórica mediante la que el autor despliega esta paradoja y que me propongo analizar, está surcada de omisiones, medias verdades y algunas afirmaciones sin evidencia empírica alguna.

El libro comienza presentando a los británicos y sionistas como eminentemente modernos y a los palestinos como un pueblo regido por estructuras clánicas premodernas, y descartando así como utópica cualquier forma de Estado binacional en virtud de una presunta incompatibilidad entre una mentalidad moderna, adaptada a las estructuras estatales, y otra que no lo estaba (p. 60). Esta simplificación, trasunta *orientalismo* (tomando el término de Edward Said, que designa las representaciones occidentales de lo oriental desde una perspectiva de superioridad civilizatoria que deposita exotismo y atraso en Oriente), pero sobre todo omite que las élites palestinas estaban integradas desde hacía décadas a la compleja estructura estatal del Imperio Otomano, que las estructuras clánicas rurales –aunque existían, al igual que el nomadismo beduino en el sur– habían perdido peso frente a las élites educadas y acaudaladas de la costa.

Al llegar a la década de 1920, el autor propone una de las lecturas más polémicas y equívocas de la primera parte de su libro. Presenta a Amin al-Husseini, el muftí de Jerusalén, como el artífice de la violencia entre palestinos y judíos, y afirma que “su inclinación al combate marcó el perfil del conflicto hasta hoy” (p. 63). Más allá de la discutible y poco fundamentada propuesta de una marca perenne que condicionó un siglo de confrontación, el autor destaca el peso de los individuos en la historia, en un intento de avalar una extrema personalización de procesos sociales y políticos complejos. Así, el muftí aparece durante tres décadas como el gran prestidigitador que mueve los hilos de la violencia. En esa narrativa, los disturbios de 1920-1921 fueron instigados por él y constituyen el primer punto de inflexión que propone el libro. Omite como factores que explican la confrontación la consolidación de una economía segregada por parte del sionismo socialista y sobre todo la emergencia del revisionismo sionista en el mismo período. Sobre el primer punto llega incluso a afirmar (p. 83) que la Histadrut en sus primeros tiempos incluyó a trabajadores árabes, induciendo al equívoco de considerarla una institución de inclusión binacional, cuando fue en realidad el principal instrumento del laborismo para crear una economía segregada, como ha probado el detallado estudio de [Zeev Sternhell](#). El revisionismo, por su parte es el gran ausente en la

narrativa de Bergstein: basta leer el panfleto de [Zeev Jabotinsky](#), *El muro de hierro*, para comprender que la espiral de violencia no puede reducirse a la instigación del muftí Husseini, y que el belicismo antiárabe de esta facción del sionismo fue también un elemento importante.

Al explicar la revuelta de 1936, el autor vuelve a presentar al muftí como el gran instigador, lo que contradice a buena parte de la historiografía que ha estudiado el período (ver, por ejemplo, [Khalidi](#) o [Kimmerling y Migdal](#)), y que ha demostrado que la movilización desde abajo le impuso a Amin al-Husseini la disyuntiva de plegarse a ella o deslegitimarse políticamente. Optó por lo primero a regañadientes, tras haber llevado adelante una política conservadora y colaboracionista con los británicos (a los que debía su designación), de desmovilización de las masas ante el peligro que podía suponer a su hegemonía política. Estaba muy lejos de ser el instigador de una revuelta que en gran medida le fue impuesta.

El autor presenta luego a la [Comisión Peel de 1937](#) y su plan de partición como la primera oportunidad que los palestinos rechazaron para construir un Estado. Aquí recurre a la manida contraposición de una unidad nacional, una unidad de propósito como fuerza que finalmente les permitió prevalecer a los sionistas en su proyecto estatal. Mientras tanto, una conciencia nacional no desarrollada entre los palestinos, “imprescindible para construir un Estado” (p. 77) (como si, de nuevo, la única forma que puede adquirir un Estado es la de un Estado-nación), es presentada como razón de su fracaso.

El rechazo a la partición propuesta por la ONU fue la siguiente oportunidad perdida, y para Bergstein –siguiendo a Sanguinetti– constituye el origen de todos los problemas y estuvo motivada por el antisemitismo –y en esto sigue a Marcos Israel– inculcado por el muftí. Hasta este punto, el recurso a un líder todopoderoso en el que se personaliza la violencia y el antisemitismo como factor de rechazo irracional, son los argumentos que permiten al autor desechar la legitimidad de las reivindicaciones políticas palestinas, a pesar de haberlas reconocido en abstracto. A lo largo del texto, hallará otras razones.

Llegados a la coyuntura 1948-1949 abona algunos de los mitos fundacionales del Estado de Israel. Uno es el de David frente a Goliath, el enfrentamiento de un “ejército artesanal” (p. 96) frente a enormes fuerzas árabes, algo refutado por la evidencia presentada por historiadores israelíes como [Avi Shlaim](#). Otro mito es el que presenta un éxodo voluntario de los palestinos en lugar de una expulsión o limpieza étnica durante la guerra. En este punto, el autor da por buena la versión de que los líderes árabes llamaron por radio a la población palestina a retirarse del territorio, e incluso critica a Edward Said por su vaguedad a la hora de descartar esta versión ante la falta de evidencia histórica. Lo cierto es que no sólo no existe evidencia para avalar esta idea, eminentemente falsa, sino que existe la suficiente evidencia para

refutarla. Basta leer la obra de historiadores como [Ilan Pappé](#) o [Benny Morris](#) para conocer esa evidencia, e incluso la producción de Anita Shapira (*Israel. A history*, de 2012), poco sospechosa de antisionista pero con la suficiente rigurosidad historiográfica como para descartar por falsa esa afirmación. Lamentablemente las referencias a esta historiografía se reducen a una nota al pie perdida en el texto. La abundantísima y acalorada discusión sobre el concepto de “transferencia” poblacional en el proyecto sionista, el Plan Dalet o el papel de las masacres como las de Deir Yasin y Tantura no le parecieron relevantes al autor en esta sección, a pesar de que constituyen el tema sobre el que más profusamente ha escrito la historiografía israelí. De hecho, resulta llamativo –y quizá pueda interpretarse como un recurso retórico– el hecho de que las críticas al sionismo sean expresadas a través de citas a un único autor palestino, Edward Said, al tiempo que se omite una vasta literatura israelí que ha rebatido buena parte de la narrativa sionista consolidada tras la fundación del Estado en 1948.

Sugiere, luego, que de haber existido limpieza étnica no habría sido posible que 150.000 palestinos quedaran dentro de las fronteras de Israel, donde “no fueron víctimas de agresiones” (p. 103). Lo cierto es que no fue posible expulsar a todos los palestinos del territorio, aunque las deportaciones continuaron durante toda la década de 1950 en números menores, y que esos 150.000 palestinos israelíes, lejos de no sufrir agresiones fueron sometidos a un régimen militar y a legislación de excepción dentro de Israel, que limitaron sus derechos individuales, y llevaron a la expropiación de sus tierras y destrucción de hogares durante veinte años. Soslaya el hecho de que la formación de partidos políticos por parte de los palestinos israelíes fue sistemáticamente bloqueada por la Suprema Corte de Justicia israelí hasta la década de 1980 por considerarlos contrarios al carácter judío del Estado, siendo los palestinos-israelíes representados por el único partido legitimado, el Partido Comunista (Rakah). Como corolario de esta argumentación, atribuye a “los enemigos de Israel” el concepto de *apartheid*, y lo rechaza de plano. Pero el concepto, lejos de ser una acusación propagandística de enemigos de Israel, tiene sus formulaciones más acabadas en la propia academia israelí, de la mano de sociólogos como Oren Yiftachel o Gershon Shafir.

El recorrido del autor por las décadas de 1950 y 1960 presenta a Nasser como un ferviente e intransigente enemigo de Israel y propone como clave interpretativa del período un intransigente empeño de los Estados árabes en la destrucción de Estado judío. En este objetivo, sólo han cambiado la táctica (p. 121). Desde el activismo de sectores de izquierda israelí (representados por la figura de [Simha Flapan](#)) hasta la monumental obra historiográfica de [Avi Shlaim](#), estos lugares comunes han sido rebatidos. La destrucción del Estado de Israel no era el objetivo de la coalición árabe en 1948 (como prueban las negociaciones de los líderes sionistas con el reino de Jordania y la actitud de la Legión Árabe jordana en la guerra), ni tampoco lo fue

en la guerra de 1973, y mucho menos en la de 1956, orquestada por la alianza franco-británico-israelí. Sólo puede atribuirse tal intención a la coalición sirio-egipcia en la guerra de 1967.

Otro capítulo polémico del libro es la valoración del proceso de expansión de los asentamientos en los territorios ocupados tras la guerra de 1967. Los primeros asentamientos en el valle del Jordán son atribuidos a la necesidad de prevenir incursiones terroristas desde Jordania (p. 129). Más tarde, atribuye su expansión a la política del Likud posterior a 1977 y al auge de movimientos del sionismo religioso (p. 130), a los que considera movidos por el fanatismo. Estos argumentos suelen manejarse para deslindar al laborismo sionista del proyecto de expansión de los asentamientos y adjudicarlo a los sectores extremistas religiosos, a menudo vinculados a la población mizrají de Israel (judíos orientales). Dentro de Israel, este tipo de argumentos orientalistas suele soslayar el hecho de que el sionismo moderado y secular también respaldó los asentamientos en territorios ocupados. De hecho, más tarde al presentar el asesinato de Rabin por un extremista de derecha, se pregunta si con esto Israel se “medio-orientalizó”, sugiriendo que una sociedad secular y democrática se pudo ver arrastrada hacia la violencia irracional propia del Medio Oriente.

Vale decir, que recién en este momento, posterior a 1977 y ante el hostigamiento de los colonos el autor reconoce, por primera vez en toda su narrativa del conflicto, cierta legitimidad a las reivindicaciones concretas de los palestinos.

De todas formas, distanciándose de Vargas Llosa (p. 134), considera que el factor de los asentamientos no puede ser considerado el único elemento explicativo de una dinámica conflictiva muy compleja. Los matices que introduce en esta sección son aquellos que el lector echa en falta durante todo el recorrido del período 1920-1948, en el que reduce la explicación histórica a la instigación de un individuo.

En pasajes posteriores, nuevos argumentos buscan desdibujar o directamente cuestionar la legitimidad de las reivindicaciones políticas palestinas. Presentar a la Intifada como una revuelta de la desesperación y soslayar su plataforma política y los movimientos que la propugnaron es parte de esa operación retórica. Aducir que antes de la aparición de Hamas el conflicto era político y luego se convirtió en religioso, supone un doble juego. Por una parte se niega el hecho de que Hamas es un movimiento político, que busca sí un Estado confesional, pero cuyas acciones están guiadas por una estrategia política. Por la otra, si el conflicto es religioso, se lo sitúa –y en esos términos lo redefine uno de los “bandos”, Hamas– en el terreno de lo irracional y, en última instancia, del fanatismo. En este punto creo que el autor se ve arrastrado por la prosa de Amos Oz, que en su *Contra el fanatismo*, propone esa categoría –el *fanatismo*– como una clave interpretativa de psicología social, una patología social. La tentación psicologizante suele ser enemiga de un

cuidadoso análisis de los procesos sociales y políticos. Fue la tentación que, por ejemplo, siguieron algunos académicos alemanes para explicar el nazismo como el asalto al poder de un grupo de fanáticos, ignorando los complejos procesos sociales que explican su surgimiento y consolidación.

El autor presenta el fracaso del proceso de paz de Oslo en el marco de un período envenenado por el fanatismo. Lleva al lector, de la mano de Shlomo Ben Ami, a la valoración de la Cumbre de Camp David como la gran oportunidad perdida para la paz debido a la intransigencia de Arafat, que rechazó la “generosa oferta” de Israel y se “subió al carro” de la violencia durante la Segunda Intifada. La “generosa oferta” es analizada por académicos que discuten la versión de Ben Ami, como un ultimátum inaceptable para el liderazgo palestino, impuesto tras tres años de un gobierno del Likud que sistemáticamente boicoteó los acuerdos de Oslo y tras la asunción de un gobierno de Barak también signado por la intransigencia. Esta es la valoración, por ejemplo, del sociólogo argentino-israelí [Lev Grinberg](#). Vale decir que el argumento de que la de Barak había sido una “generosa oferta” no convenció siquiera a Yossi Beilin, uno de los artífices de los acuerdos de Oslo junto a Rabin y Peres, quien negoció con los palestinos una propuesta alternativa que fue desechada por el gobierno de Ariel Sharón en 2003.

Tras el fracaso de Camp David, para el autor sólo queda instalada la lógica del fanatismo y la preeminencia de Hamas, que hizo de Gaza su bastión. Esta narrativa de cien años de conflicto sitúa lo que para el autor parece ser la parte más acuciante de su labor de divulgación, la exculpación de Israel en el proceso posterior al 7 de octubre.

*Fernando Adrover*